

## CULTURA, INTERCULTURALIDAD Y MEXICANIDAD EN LA PROSA DE OCTAVIO PAZ

Sin lugar a dudas, Octavio Paz (1914-1998) es uno de los escritores mexicanos e hispanoamericanos que goza de bastante reconocimiento y de los más conocidos a nivel mundial. Es autor de una obra sumamente extensa que se encuentra contenida en quince tomos de poesía, ensayo y entrevistas. Ganador del premio Nobel de Literatura en 1990, aborda en sus obras, sobre todo en sus ensayos, una extensa cantidad de temas, así como diversos problemas e intereses intelectuales tales como el arte (mexicano y universal), la cultura moderna, la sociedad moderna, la poesía, la ciencia, la técnica, el marxismo, la geopolítica del siglo XX, la historia de México, la historia universal, el amor, la cultura oriental, los intelectuales y el poder, la democracia, el lenguaje, y muchos más.

En el libro *Conjunciones y Disyunciones*<sup>1</sup>, Paz escribe: “Por el momento no nos queda sino repetir que alma y cuerpo, cara y sexo, muerte y vida son realidades distintas que tienen nombres distintos en cada civilización y, por tanto, distintos significados. No es esto todo: es imposible traducir cabalmente de un área cultural a otra los términos centrales de cada cultura: ni *mukti* es realmente liberación ni *nirvana* extinción. Lo mismo sucede con el *tè* de los chinos, la *democracia* de los griegos, la *virtus* de los romanos y el *yugén* de los japoneses. Cuando nos parece hablamos de las mismas cosas con un árabe o con un esquimal, tal vez hablamos de cosas distintas; y no sería imposible que lo contrario también fuese cier-

to. La paradoja de esta situación, consiste en lo siguiente: no podemos reducir a un patrón único inequívoco los diferentes significados de todos estos términos, pero sabemos que, hasta cierto punto, son análogos. Sabemos asimismo -concluye el autor- que constituyen la común preocupación de todos los hombres y de todas las sociedades. Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados”.

El problema del ser cultural y de la interculturalidad, aparece en prácticamente toda la obra del escritor mexicano, en sus ensayos y prosa en general, Paz aborda constantemente estos temas, los cuales le preocupan como parte de la reafirmación del ser y como entes para ser analizados desde perspectivas filosóficas, más específicamente en sus aspectos hermenéutico, ontológico y semiótico. Es imposible que en este espacio podamos hacer referencia a lo que concibe como cultura en la mayoría de sus escritos, por ello me referiré específicamente al citado texto de *Conjunciones y Disyunciones*, a *La casa de la presencia*, y, por supuesto, a la primera parte del *Laberinto de la Soledad*<sup>2</sup>, que constituye una obra magistral del ensayo en lengua española y que sin lugar a dudas es un texto indispensable si se quiere comprender, entre otras cosas, la esencia de la individualidad del mexicano y su relación con otras culturas.

---

<sup>1</sup> Paz, Octavio, *Conjunciones y Disyunciones*, Seix Barral, 1969, pp. 41-43

---

<sup>2</sup> Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Octavio Paz expone con bastante precisión las actitudes, preferencias y expresiones distintivas para llegar al fondo anímico donde se han originado. Para él, el mexicano se revela como un ser cargado de tradiciones y costumbres, tanto en su pasado como en su presente, es decir, en todas sus dimensiones. En otras palabras, las “raíces secretas” se erigen como una especie de ligaduras que atan al hombre con su cultura, que moldean sus reacciones y alimentan definitivamente la espiritualidad mexicana. En el texto citado, se plasma con mucha claridad una de las cuestiones que pretendemos tratar en este artículo, es decir, el preguntarnos si de acuerdo a la perspectiva del autor, podríamos decir que dos culturas distintas hablen de la misma cosa. Todavía más específico, cuestionarnos si esas dos culturas diferentes puedan hablar de lo mismo cuando el tema de que se trate sea un tema candente, polémico o incluso tabú, mínimo para una de ellas. A Paz le interesó esta cuestión, traspasando la pregunta de una dimensión sincrónica a una dimensión diacrónica, para poder establecer una verdad histórica objetiva. Se preguntó si nosotros hablamos de las mismas cosas que los antiguos. Y también: ¿Sus aseveraciones pueden ser criticadas y evaluadas desde una perspectiva de verdad y de error?

Quizá en la última parte del fragmento mencionado se encuentre una posible respuesta, que sería afirmativa. Partimos del hecho de que la comunicación transcultural no es, como señala el propio Paz, una diversidad de realidades, sino una pluralidad de significados. Entonces las culturas diferentes tienen diversas opiniones sobre la misma cosa. El problema se vuelve eminentemente semiótico. Sin embargo, no se queda ahí, con lo que él mismo plantea como una explicación muy simple y hasta poco moderna, por ello agrega: “se me dirá, con razón, que si no sabemos a ciencia cierta qué significan las palabras, menos podremos saber a qué realidades se refieren”<sup>3</sup>. Esto en la actualidad se aborda a través del problema de la teoría de la referencia, es decir, es esencial saber si la referencia de las palabras depende de su significado o es inde-

pendiente de él. Al postularse él mismo esta objeción, Paz señala que si no conocemos el significado de las palabras, nos será imposible determinar la realidad a la que va encaminada.

Lo anterior cae en el terreno de la comunicación intercultural, fenómeno que todavía no es un hecho del todo evidente desde una perspectiva lingüística, por lo que se ha hecho necesario su análisis desde muchas otras vertientes que superan, forzosamente, las fronteras de la lingüística. Tomada como el resultado del contacto entre culturas, la comunicación intercultural es provocada principalmente por procesos políticos y económicos, razón por la que el concepto tiene un alcance mundial e histórico y lo podemos experimentar de manera cotidiana en nuestro entorno más inmediato. En Europa existió en los estados multiétnicos, desde el imperio romano, incluyendo también los imperios austriacos y prusianos o rusos, así como en estados multiétnicos como Francia o España. De igual manera la interculturalidad que se da por minorías como los judíos, los sinti o los roma.

En Latinoamérica, ha existido y continúa existiendo una enorme variedad de contactos interculturales, tanto en la época precolombina, por ejemplo los aztecas o los incas, entre culturas o etnias amerindias, y posterior a la conquista entre las culturas iberorromanas y las amerindias, así como en las olas de migración tales como la deportación forzosa de grupos étnicos africanos como esclavos y otras migraciones europeas al nuevo continente.

Por tanto, y esto es parte de lo que Paz entiende como lo intercultural o lo transcultural, la dimensión lingüística es una parte importante en el contacto entre culturas diferentes, sin embargo no es el único obstáculo o barrera que aparece cuando analizamos lo que ocurre en el ámbito de la diversidad cultural. El concepto de interculturalidad está relacionado de manera diferente con muchos otros conceptos, en donde con algunos de ellos solapa su significado, en ocasiones focaliza otros aspectos y, a

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 44

veces, de manera conjunta con otros adquiere un significado específico y particular.

Indudablemente, cuando hablamos de interculturalidad (como también de multiculturalidad, pluriculturalidad o transculturalidad), nos encontramos con un concepto, cuyo potencial sugestivo se ha derivado en una serie de aplicaciones fructíferas en una amplia gama de disciplinas, con todo y que no se encuentra bien definido, ni posee una vinculación clara y objetiva. Una de las preocupaciones de Octavio Paz es la noción de modernidad, “se ha dicho muchas veces que el rasgo distintivo de la edad moderna - esta que expira ahora ante nuestros ojos - consiste en fundar el mundo en el hombre. Y la piedra, el cimiento en el que se asienta la fábrica del universo, es la conciencia...”<sup>4</sup>. Y justamente el término interculturalidad ha llegado a utilizarse de manera irreflexiva como un simple concepto de moda, aplicándolo a fenómenos bastante conocidos únicamente por razones de “modernidad”.

Lo que podemos entrever, de una manera más objetiva y reflexiva, es que lo intercultural, aunque se ha convertido en un tema de discusión mundial, tiene relevancia en muchos ámbitos de la vida humana: la educación, la psicología, las relaciones interinstitucionales, el comercio, el derecho, la filosofía, la publicidad, etc. Por ejemplo, para Mall<sup>5</sup> la filosofía intercultural no se corresponde con la investigación de la comunicación intercultural en la filosofía, sino que más bien tiene que ver con la superación de la concepción eurocentrista de la filosofía que defiende la idea de que en las otras culturas no europeas, nunca se llegó a practicar filosofía. De acuerdo a esto, el objetivo de la filosofía intercultural sería más bien científico-político o científico-ético y consistiría en el reconocimiento de los aspectos filosóficos de las cosmogonías de los pueblos ame-

rindios, asiáticos y africanos, considerando sus aportaciones como equitativas a las prácticas filosóficas.

El propio Mall lo amplía diciendo que “la filosofía intercultural es más bien la designación de una postura filosófica, una concepción filosófica, una convicción filosófica. Ésta consiste en no considerar a la *philosophia parenese* como una tradición filosófica exclusiva”<sup>6</sup>. Cuando Paz analiza, como veremos más adelante, el fenómeno intercultural entre pueblos cercanos geográficamente, pero lejanos culturalmente, como el caso de México y los Estados Unidos, se refiere más a estos aspectos, digamos, propios de la filosofía intercultural, sin soslayar el fenómeno lingüístico que se presenta en la interacción. Por eso, amplió la cita del referido Mall, respecto a la finalidad del análisis filosófico intercultural: “la filosofía intercultural induce a un conflicto que viene relacionado con una exigencia; conflicto porque las culturas filosóficas, descuidadas durante largo tiempo, malinterpretadas y discriminadas por la ignorancia y la arrogancia, defienden su equidad en el actual contexto mundial filosófico; exigencia, porque las filosofías y las culturas no europeas quieren ofrecer preguntas y respuestas en sus respectivas lenguas y voces”<sup>7</sup>

De igual manera que con la filosofía, el fenómeno intercultural se inserta en diferentes ciencias y disciplinas, otorgando nuevos significados y diferentes sentidos a los conceptos inherentes a cada disciplina. Otro ejemplo muy semejante al anterior lo encontramos en la *teología intercultural* que según Zimmermann consiste en una disciplina encaminada, por medio de investigaciones comparativas, a dar con las posiciones religiosas básicas y determinar los puntos en común con la religión cristiana. El mencionado autor señala que “el objetivo de este procedimiento de investigación es el de no ver en las otras religiones - como era hasta ahora frecuente en las teologías cristianas - lo demoníaco, es decir, lo que debe ser eliminado, sino otra forma de expresión de una básicamente igual - por no decir universal -

<sup>4</sup> Octavio Paz, *La casa de la presencia. Poesía e historia*. Obras completas, Tomo I, pág. 217, 1995, Círculo de Lectores y Fondo de Cultura Económica, México.

<sup>5</sup> Mall, Ram Adhar, *Philosophie im Vergleich der Kulturen: Interkulturelle Philosophie, eine Neuorientierung*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995, p. 7

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 8

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 8

concepción de Dios; así como la presencia en todas las culturas de una vinculación a preceptos morales”<sup>8</sup>.

De la misma manera que la filosofía y la teología intercultural, tenemos una comunicación intercultural, esta sí mucho más relacionada con la lingüística, pero que todavía no termina de conformar su ámbito de estudio. Podemos encontrar una serie de definiciones muy simples, lo que más bien se vuelve difícil es encontrar la definición del campo científico. Para muchos, la comunicación intercultural es una subdisciplina de la pragmática y del análisis de la conversación o del discurso. Se dedicaría, según esta concepción, al análisis pragmático de los eventos comunicativos en los que participan miembros de dos culturas diferentes.

Como mencioné en la primera parte de este artículo, Octavio Paz, en su extensa obra, definitivamente no se queda nada más en la dimensión intercultural del análisis. Se plantea también el problema, tanto lingüístico como cultural, que ocurre en el seno de una y la misma cultura. En ese sentido señala: “Es cierto, sólo que esta crítica alcanza a nuestros propios términos y no nada más a los ajenos: también para nosotros las palabras vida, alma o cuerpo son nombres cambiantes con significados cambiantes y que designan realidades cambiantes”<sup>9</sup>.

Desde el punto de vista intercultural (y ahora también intracultural), Paz considera que la cuestión se complica. Porque si debido a lo que señala la teoría clásica de la referencia, con la que el escritor está de acuerdo, por lo menos en aspectos básicos como la vida, el alma, la virtud, estaría el problema de que no solamente no coincidimos en nuestras opiniones, sino que ésta es la consecuencia última de la dependencia del referente frente al signifi-

cado. Esto quiere decir que si no somos capaces de hablar de las mismas cosas aún con personas de nuestra propia cultura, entonces las posibilidades de entendimiento (y mucho menos de acuerdo) con otras personas de referente cultural distinto, se vuelven mínimas. En estas condiciones lo mejor sería callarse. El propio Paz lo expresa así: “Si aceptamos el aviso de la moderna filosofía del lenguaje, debemos seguirlo hasta el fin: lo que nos aconseja es callarnos, pero callarnos definitivamente. Quizá sea lo más racional, no lo más sabio. Así pues, sin desdeñar a los lógicos, prosigo...”<sup>10</sup>.

#### LA RELACIÓN Y LA CONCEPCIÓN DEL MEXICANO CON RESPECTO A LA CULTURA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

En la primera parte del Laberinto de la Soledad, Octavio Paz dedica bastantes reflexiones al fenómeno intercultural que surge entre México (y los mexicanos) y los Estados Unidos de América. Me parece que medio siglo después, sus ideas siguen siendo vigentes y que la noción de interculturalidad continúa siendo diametralmente opuesta para ambos países. Además cabe aclarar que el fenómeno social que más interesó a Paz de esta relación bilateral, fue específicamente esa “nueva” cultura, que no es ni mexicana ni norteamericana, que surge en los límites fronterizos de ambos países. Lo que muchos denominan cultura “chicana”, término derivado de una especie de contracción que los nativos angloparlantes utilizaban para referirse precisamente a los mexicanos.

Paz “confiesa” que muchas de las reflexiones que hizo en sus ensayos sobre este tema, surgen de su experiencia viviendo en los Estados Unidos, donde antes de trasladarse a otras ciudades de la Unión Americana, residió un tiempo en Los Ángeles, ciudad en ese entonces habitada por más de un millón de personas de origen mexicano. Antes de ahondar en sus comentarios, hace la siguiente aclaración: “No toda la población que habita nuestro país es

---

<sup>8</sup> Zimmermann, Klaus, *Lenguaje y Comunicación Intercultural*, Anuario de Lingüística Hispánica 3, pp. 223-253, 2001.

<sup>9</sup> Paz, Octavio, *Conjunciones y Disyunciones*, Seix Barral, 1969, p. 50.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 51

objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto que mexicanos. Contra lo que se cree, este grupo es bastante reducido. En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella”<sup>11</sup>.

Si pensamos no sólo en México, sino en Latinoamérica en general, no podemos ignorar que en la historia y hasta nuestros días, la comunicación y las relaciones en general entre la población autóctona, aquella que ha logrado sobrevivir a la aniquilación o a la asimilación, y la llamada “sociedad nacional”, continúa siendo un problema. En primer lugar porque dicha “sociedad nacional”, es un conjunto de personas con la errónea idea de que están impregnados por la cultura europea-occidental e incluso norteamericana, lo cual los hace estar en un nivel social superior respecto de la población autóctona. Pero fundamentalmente por la sistemática negativa del Estado para fomentar la cultura indígena. El caso más claro de esto lo podemos observar en la educación escolar, donde está bastante arraigada la idea de la castellanización, es decir, la enseñanza del español en las escuelas prohibiendo y discriminando al mismo tiempo las lenguas indígenas y propagando la cultura occidental en menosprecio de las culturas amerindias. Con ello, lo que siempre ha pretendido hacerse es una asimilación, sin embargo lo que ha devenido es una permanente lucha cultural que va en camino de la destrucción de las culturas y lenguas autóctonas. Lo lamentable en este hecho, es que aunque participan dos o más culturas, estamos lejos de que este tipo de educación pueda denominarse intercultural, mucho menos transcultural, sino más bien es una educación asimilacionista.

Paz señala que en las ciudades fronterizas de los Estados Unidos, donde cada día crece la

---

<sup>11</sup> Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1981, México, p. 2.

ola de inmigración latinoamericana, pero sobre todo mexicana, se puede detectar una atmósfera vagamente mexicana que es difícil de apresar con palabras o conceptos. Señala el escritor: “Esta mexicanidad - gusto por los adornos, descuido y fausto, negligencia, pasión y reserva - flota en el aire”<sup>12</sup>. Más adelante agrega lo que nos interesa en relación con esa falsa interculturalidad que más bien se traduce como asimilación: “Algo semejante ocurre con los mexicanos que uno encuentra en la calle. Aunque tengan muchos años de vivir allí, usen la misma ropa, hablen el mismo idioma y sientan vergüenza de su origen, nadie los confundiría con norteamericanos auténticos. Y no se crea que los rasgos físicos sean tan determinantes como vulgarmente se piensa. Lo que me parece distinguirlos del resto de la población es su aire furtivo e inquieto, de seres que se disfrazan, de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros”<sup>13</sup>.

Es en estos aspectos donde coincido plenamente en que uno de los problemas fundamentales por los que no se ha logrado que el fenómeno migratorio específico entre México y los Estados Unidos (aunque con sus diferentes vertientes, lógicamente esto podrá ocurrir también en todos los ámbitos del contacto entre culturas diferentes), se vuelva un fenómeno intercultural positivo, provechoso y de completo entendimiento, es justamente el aspecto educativo. La educación, entre otras cosas, tiene la característica de ser una aplicación constante de valores y de objetivos pedagógicos. La educación intercultural entonces sería un campo práctico básico para la comunicación intercultural aplicada. De todos es sabido que tradicionalmente, los objetivos educativos que se han venido aplicando a través de los tiempos en el ámbito latinoamericano, han sido duramente criticados por su falta de sensibilidad, de practicidad y por estar subordinados al poder de unos cuantos.

Si no somos capaces “en casa” de desarrollar un sistema justo, equilibrado, adecuado, es decir, intercultural, mucho menos podremos

---

<sup>12</sup> *Íbid.*

<sup>13</sup> *Íbid.*

lograr que los grupos migratorios mexicanos en los Estados Unidos, puedan gozar de respeto y aceptación social. Los intentos de aplicar una educación intercultural bilingüe, que tendría como objetivo principal el de divulgar la estimación y el orgullo de la propia cultura y de la lengua, han fracasado continuamente. Muchos estudiosos latinoamericanos coinciden en que es necesario resolver el problema educacional. Para el boliviano Enrique Ipiña, “la interculturalidad no se limita a una tolerancia pasiva del otro, sino que va mucho más allá, hasta un reconocimiento positivo y entusiasta de las diferencias; el ser distinto se concibe como una riqueza para todos, abriendo la posibilidad de compartir e intercambiar bienes culturales, evitando así la formación de guetos y cosas semejantes o, peor aún, contribuyendo a su eliminación total”<sup>14</sup>.

De igual manera, el investigador colombiano L. A. Artundugua, ve a la interculturalidad como un proceso que se erige como el principio entre la *etnoeducación* y la democracia. Señala cuatro elementos como constitutivos del procedimiento intercultural aceptable: la tolerancia cultural, la estimación cultural, la capacidad para el diálogo y el intercambio y el enriquecimiento cultural mutuo<sup>15</sup>.

Los argumentos anteriores, si bien bastante claros, resultan de muy difícil aplicación y vigencia en el caso de la complicada relación intercultural entre la inmigración mexicana y la comunidad norteamericana. Siempre Octavio Paz, realiza un interesante análisis de lo que se conoce como el *pachuco*<sup>16</sup>, que según su entender, el escritor define como el integrante de bandas de jóvenes, generalmente de origen

mexicano, que viven en las ciudades del sur del territorio estadounidense y que se singularizan tanto por su vestimenta como por su conducta y su lenguaje. Son rebeldes por instinto, pero contrario a lo que pudiese suponerse, no reivindican ni su raza ni la nacionalidad de sus antepasados.

El *pachuco* no desea volver a sus orígenes mexicanos pero tampoco desea asimilarse a la cultura norteamericana. Para Octavio Paz constituyen un grupo ambiguo, de incierta filiación pero lo suficientemente numerosos y característicos como para tomarlos en cuenta en el contexto sociológico de ambos países. Desafortunadamente, este sector es uno de los extremos a los que puede llegar el mexicano. Son incapaces de asimilar una civilización que, además, los rechaza, y por eso no han encontrado otra respuesta a la hostilidad que esa desesperada afirmación de su “yo” peculiar.

Es interesante lo que Paz describe sobre las relaciones interculturales que surgen en el crisol (el llamado *melting pot*) de la vida norteamericana, desde su independencia hasta nuestros días. “Otras comunidades reaccionan de modo distinto; los negros, por ejemplo, perseguidos por la intolerancia racial, se esfuerzan por “pasar la línea” e ingresar en la sociedad. Quieren ser como los otros ciudadanos. Los mexicanos han sufrido una repulsa menos violenta, pero lejos de intentar un problemática adaptación a los modelos ambientes, afirman sus diferencias, las subrayan, procuran hacerlas más notables”<sup>17</sup>.

Lo cierto es que esta figura (la de los *pachucos*) que no es otra cosa más que un híbrido personal entre un inmigrante latinoamericano y un ciudadano norteamericano medio, encuentra su afirmación cultural, justamente en la negación de ambas culturas. No es “ni de aquí, ni de allá” y así se siente bien y se afirma, aun y cuando no goce de una aceptación social en ninguno de los dos países. Por eso se instala en un *imaginarium*, tanto social

---

<sup>14</sup> Ipiña, Enrique Melgar, *Condiciones y perfil del docente de educación intercultural bilingüe*, en Revista Iberoamericana de Educación 13, 1997, pp. 99-109.

<sup>15</sup> Artundugua, Luis Alberto, *La etnoeducación: una dimensión de trabajo para la educación en comunidades indígenas en Colombia*, en Revista Iberoamericana de Educación 13, 1997, pp. 35-45.

<sup>16</sup> Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1981, México, p. 3.

---

<sup>17</sup> *Ibid.*

como geográfico, ubicándose precisamente en la franja fronteriza donde encuentra su fuerza.

La reafirmación a que hago referencia, esa de negar ambas culturas y no intentar conservar la propia o asimilar la segunda, mucho menos conciliarlas a ambas, lo hace fuerte pero a base de una concepción victimista. Paz lo dice claramente: “Esta actitud sádica se alía a un deseo de auto humillación, que me parece constituir el fondo mismo de su carácter: sabe que sobresalir es peligroso y que su conducta irrita a la sociedad; no importa, busca, atrae, la persecución y el escándalo. Sólo así podrá establecer una relación más viva con la sociedad que provoca: víctima, podrá ocupar un puesto en ese mundo que hasta hace poco lo ignoraba: delincuente, será uno de sus héroes malditos”<sup>18</sup>.

Culturalmente hablando estamos en presencia de un grupo de personas que se desprenden de sus orígenes, de sus tradiciones y costumbres, pero no para pasar a adoptar otras, sino para crear una nueva, únicamente aceptada por ellos mismos. Se disfraza de un intento de acceder a la nueva cultura, pero la realidad es que él mismo se cierra dicho acceso. Ahora bien, el problema intercultural es grave, debido a que si lo anterior ocurre con personas que abandonaron su patria hace mucho tiempo, que ya no conocen el idioma de sus ancestros y para quienes las raíces que atan al hombre con su cultura se han prácticamente secado por completo, entonces quiere decir que los otros no están para nada preparados para tener encuentros interculturales satisfactorios, sea a corto que a largo plazo.

Todo el proceso anterior, ha desembocado en situaciones bastante desagradables, y que hacen caer en el desánimo y en la desesperanza, porque lejos de acercar ambas culturas (justamente a través del proceso intercultural), las alejan y convierten en antagónicas y disyuntivas. Un claro ejemplo de lo anterior es la terrible confusión que tienen las grandes producciones de Hollywood o televisivas, res-

pecto al concepto de interculturalidad. Al pretender difundir y también recibir, a nivel mundial estos productos culturales, insertándolos en diversas culturas, están haciendo un grave daño, sobre todo porque siguen con la necesidad de reproducir patrones y estereotipos que debieron quedar superados hace años, pero que sin embargo al parecer continúan siendo productos sumamente “vendibles”, razón por la cual, no pueden desaparecerse.

En dichas producciones, son aplicadas estrategias que claramente tienen por objeto volver las situaciones difíciles de entender. Se llega a un grado de “deculturalización” de manera que para comprender ciertas historias no es ni siquiera importante tener conocimientos específicos de una cultura en concreto. En general, los actores, a pesar de ser representantes típicos de sus propias culturas, actúan de una manera tal que parece que todos ellos hubiesen crecido en los Estados Unidos. Eso en el mejor de los casos, porque en otros se llega incluso a la calumnia con los típicos estereotipos étnicos de muy mal gusto y de peor función didáctica, como por ejemplo el del mexicano, ataviado con un poncho y un enorme sombrero, sentado a la sombra de un árbol, aletargado y tomando tequila; o el africano ingenuo y poco interactivo; el indio sanguinario incapaz de llegar a acuerdos de paz, etc.

Desgraciadamente esta manera de actuar viene determinada por una serie de intereses inherentes a la recepción y a la economía, como el aumento de espectadores norteamericanos que no están muy cultivados, así como la ya tradicional ventaja con que actúan los norteamericanos en el sentido de querer obtener la máxima expansión en el mercado y, aparejado a ello, conseguir el máximo de ganancias. Aunque no se puede negar que lo anterior constituya un éxito para algunos, no debemos perder de vista que esto es lo más alejado que podemos encontrar de una verdadera teoría intercultural, ya que se trata de la eliminación o de la máxima reducción de lo que podríamos denominar individualidades culturales reales, y en su lugar nos topamos con artefactos desculturizados nacidos de una ignorancia cultural o de la imaginación xenófoba y racista.

---

<sup>18</sup> *Íbid.*

Una vez más, Zimmermann, nos propone una solución, bastante idealista y romántica eso sí, sobre lo que debería hacerse en materia cinematográfica para fomentar una verdadera interculturalidad: “Aunque la trama tenga lugar en otros países y culturas, éstos sirven en estas películas sólo de escenario exótico en el que se desenvuelve una acción que sigue la lógica del modelo occidental y sobre todo norteamericano. Interculturalidad no significa pues la negación de la individualidad cultural en aras de facilitar el entendimiento general, sino muy al contrario, la estimación y la tolerancia de las particularidades culturales, y, en relación con la industria del cine, la producción de productos que presenten lo específico de cada cultura, divulgando un entendimiento por otras culturas y formas de vida diferentes”<sup>19</sup>.

Para concluir este breve análisis de la mexicanidad y la concepción intercultural del mexicano y sus relaciones, es necesario tocar un último punto importante relativo a la ontología de nuestro pueblo: la identidad. Como señala Paz: “La historia de México es la de un hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, ‘pochó’, cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día -¿en la conquista o en la independencia?- fue desprendido”<sup>20</sup>.

En el reconocimiento de México como un pueblo distinto al español y al indígena, el problema de la identidad y de la búsqueda de una personalidad propia con diferentes raíces, es esencial. Esto lo resume, con mucha perspicacia, el investigador Salvador Jara<sup>21</sup>: “La historia de México ha sido en gran medida una aventura en busca de lo propio, un reto en la convivencia con la otredad, en el respeto a la multiculturalidad, la tolerancia en lo político, en lo social y en lo religioso. Desde el siglo XVIII ha estado presente la pregunta por el ¿quiénes somos?, la preocupación por construir un modelo nacional único y por el rescate o la construcción de una nueva identidad dentro de la diversidad, o a pesar de ella”.

CARLOS GONZÁLEZ DI PIERRO  
UNIVERSIDAD MICHOACANA, (MÉXICO)

---

<sup>19</sup> Zimmermann, Klaus, *Lenguaje y Comunicación Intercultural*, Anuario de Lingüística Hispánica 3, pp. 223-253, 2001.

<sup>20</sup> Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1981, México, p. 6.

---

<sup>21</sup> Jara Guerrero, Salvador, *La eterna búsqueda por la identidad*, en Temas actuales en filosofía de la cultura y estudios culturales, Facultad de Filosofía, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, pp. 69-86.